

LA CRITICA DE LOS BÚHOS

Bogotá, junio de 1929

Señor director de "Universidad"

Dispénsele usted una pequeña incursión en sus dominios de dorado idealismo a uno de sus suscriptores. He leído con atención las críticas que han publicado en su revista, los tres búhos y le declaro que tal labor es simpática y atrayente por cuanto tiende a restablecer el prestigio de nuestras letras, mal tratadas por muchos de nuestros ingenios consagrados por la fama. Empero, la crítica es flor de las artes y es preciso que al ejercerla se maneje con tal discreción y donosura, con tan ponderado castigo y aticismo, que sólo de esta suerte pueda producir sus efectos reconstructivos.

Mas he ahí que nuestros tres búhos huelgan en el sentido filológico a tal grado que en la revisión literaria al señor López de Mesa incurrieron en muchos pecados que es bueno apuntar, no sea que más tarde "reciban el espaldarazo popular que los consagre merecedores de figurar en letras doradas en los anaqueles de todo lector", como ellos mismos lo advierten en el citado estudio.

Y empiezo: "Allá (en los países lectores) se lee, se analiza y se estudia, el todo y las partes de la obra, cuyo autor aspira a ser consagrado". No sabía que existieran países dedicados exclusivamente a leer, dejados de la mano de Dios para otros menesteres, ni tampoco que fuera necesario el pleonasma de "en los países lectores se lee", ni menos aún que haya una clase de escritores que aspiran a ser consagrados y otros no, a pesar de los esfuerzos comunistas para alcanzar el arte anónimo. El "cuyo" que sirvió de engarce a la frase es toda una herejía gramatical digna del enrevesamiento que en ella se observa.

Más adelante: "Y en las más de las ocasiones" por "en las más de las veces". Aquí quisieron nuestros búhos hacer una innovación de la gastada frase sin atenerse al sentido de la una y la otra palabra, pues una y otra vez es la acción que se repite voluntaria o involuntariamente lo mismo en un hombre que en un artefacto mecánico en tanto que la ocasión es tiempo oportuno, sazón y coyuntura y en esto no se ve la razón para que sea coyuntura o caso extraordinario el nombre de un autor y sus pseudocríticos turibularios.

“El autor y el personaje (al que se le ha negado un nombre propio) dialogan”. Pregunto: ¿a cuál de los dos se le negó el nombre propio? Yo entendía que el cura de don Matías le había puesto óleo y chrisma al doctor López de Mesa dejándolo bien bautizado cuando era apenas un bebé, y cuentan que entonces no se demoraban los padres en hacer aplicar a sus hijos ese sacramento.

“Quién no sentiría malestar profundo al contemplar, desde la oquedosa ribera, un soberbio acorazado moderno surcando las azules aguas quietas del Tiberíades memorioso”. Es claro que si el barco emplaza sus baterías contra la inerme ciudad de Galilea, situada en la orilla occidental del lago que forma el Jordán, sus desdichados habitantes tendrían por fuerza que sentir no ya malestar, sino también que era ya llegada la hora de la muerte. Fuera de que es difícil asegurar que la ribera sea un oquedal o sea un monte solo de árboles altos, sin tener hierba ni otra espesura de matas, u oquedad, que es hueco, concavidad en un sólido, ya que “oquedoso” no figura en el diccionario (es de la cosecha particular de los búhos). Este tropo, junto con el del automóvil, Calvario arriba, en relación con la estética, no pasa de ser un símil disparatado y de pésimo gusto.

“Un delito contra lesa patria”. Todo el mundo dice: “de lesa patria” o “de lesa majestad” y es natural porque “lesa o lesa” quiere decir agraviado, ofendido y literalmente los búhos dicen: “un delito contra el agravio de la patria” forma que podría usar cualquier colombiano si por ejemplo, en Panamá se hubiera degollado al invasor.

“Lesiones atentatorias contra el fisco”. Lesión, daño o detrimento corporal causado por alguna herida, golpe o enfermedad, cualquier daño, perjuicio o detrimento, perjuicio causado a uno en un contrato, es un hecho que supera los lindes de lo atentatorio. En todo caso una de las dos palabras está de más.

“Además, olvidando la gallardía con que el feminismo bogotano”. Feminismo del latín femina, mujer, es una escuela contemporánea que sostiene la igualdad de derechos y aptitudes de ambos sexos y no es por lo menos del conocimiento público que en nuestra tierra se haya levantado todavía la primera mujer con ánimo de proselitismo, como lo hizo en Inglaterra la señora Parker, a escalar tribuna para formar opinión, ni es-

cuela ni capilla siquiera en tal sentido. De suerte que el señor López de Mesa mal podía sublevarse, no atentar como dicen los búhos, contra las señoras para causarles la desbandada en materias de sus derechos políticos, que es en suma lo que persigue el feminismo.

“Nosotros conocemos hasta personalmente”. Este tal “hasta”, hubiera quedado mejor sin hache porque el límite de la inteligencia va mucho más allá del conocimiento personal.

“Y no compartimos la admiración inopinada que por este capítulo han manifestado”. Una admiración inopinada es a mi juicio un brazo en plena vía pública, sin que uno pensara antes en recibirlo sin mediar amistad o motivo justificativo, o en peor caso que le caiga un rayo.

“Pero el hombre que ha rezumado estudios”. Aquí fue Troya. Sólo los búhos y acaso también el doctor López de Mesa hayan visto y palpado que el líquido intelectual se recalca por los poros del vaso que lo contiene, y en tal caso quien tenga los poros tan abiertos debe apelar a la cera mercolizada u otro ingrediente que evite el rezumarse.

“Pero ha errado de manera lamentable”. ¿Este “errado” será por decirle al doctor López de Mesa que yerra, es decir, que comete delito por querer saberlo todo y conocerlo todo, o simplemente que comete error? Póngolos más bien en manos de Santa Teresa: “Si los principios se yerran, todo va errado”.

“Para que la comunión espiritual y el ayuntamiento sean perfectos, tal como lo desea D’Annunzio, no representa nada la existencia de un vástago”. Si se refieren los búhos a la reunión de alcaldes y regidores para formar un gobierno municipal, claro que no representan nada, pero si se refiere a la cópula, si un hijo no representa nada, hay que llevar el pleito a una perrera.

Y basta por hoy.

Un Super-Búho...

LA TRAGEDIA DE LOPEZ DE MESA

Y vendímielos como a mí me vendimiaste por todas mis maldades; porque muchos son mis gemidos y está melancólico mi corazón. Mas arrojando nos has desechado, te has enojado en gran manera contra nosotros.

(Lamentaciones de Jeremías. Cpts. 1 y 5).

Buhonería literaria: así intituló, el buen profesor López de Mesa su último poema en prosa. Es una elegía profundamente triste que nos hace volver la mente al libro santo y eterno.

Fuera del prestigio del estilo, que aparece consustancial con el maestro aun en los momentos más desgraciados de su actividad literaria y humana, y que es en esta vez como los sillares nobles de una fábrica poderosa, lamentablemente dispersos, el artífice se presenta rebajado, destruído, deshecho, ausente. Nosotros no hubiéramos ido nunca hasta allá: sumándonos a la opinión general reconocíamos en López de Mesa una de nuestras mayores posibilidades y, por algunos aspectos, un valor real dentro de las fronteras nacionales con halagüeñas proyecciones iberoamericanas.

Sin embargo, él olvida frecuentemente su posición y en este episodio de manera singularmente deplorable: leed si no su "Buhonería literaria": Leedla, sopesadla, analizadla y decid luego si en ella hay algo del educador, del conductor, del vigía que atisba los horizontes, del hombre que ha hecho un pacto con la juventud, pero tan siquiera del escritor consciente y orgulloso que sabe lo que vale y que desprecia el similor de la vanidad, para conservar íntegro el metal obrizo que le confiaron las generaciones.

Analícemos esporádicamente algo de este famoso documento.

López de Mesa inicia su réplica con una cita de nuestro primer diálogo: "hasta psiquiatras" y dice en seguida que la preposición "hasta" es despectiva. Qué conocimiento tan hondo de las acepciones de los nombres. Creíamos que no era precisamente necesaria la significación despectiva y hasta suponíamos que bien pudiera ser lo contrario: superlativamente encomiástica:

"La masa del hidalgo se componía de dos libras de uvas secas, un cuarterón de pan moreno, medio arenque en salazón, cuatro rajadas de cebolla y una menuda lonja de carnero o de buey. Todo esto rociado con vino nuevo de Málaga o simplemente con un jarro de agua. Pero como sus tiempos iban cambiando, a veces honraba sus meriendas con algo más sustancioso y hasta de ribete la exornaba con un casco de lo caro de Alicante o con algunas cañas de manzanilla", dice Rojas Villandrando, pero si éste no lo hubiere a la mano, el profesor López

de Mesa puede leer ejemplos análogos en Torres Villarroel o en el manoseado Gómez de Quevedo, autores que hallará en cualquier librería de la calle doce.

“Orienté mi pupila” —cita el profesor y en seguida agrega: “¡Oh cíclope!”. Para orientar la pupila no se necesita ser cíclope, como dice López de Mesa, sino saber que la literatura es un arte que se desenvuelve en los dominios de la imaginación y se expresa principalmente por medio de imágenes.

El profesor ataca a ferulazo limpio el que hablemos de “claraboyas estáticas” como si hubiera —agrega el cutiado— “claraboyas dinámicas”. Es curioso, a estas horas, pensar que las ideas se establecen y determinan por oposición como en el mundo de las sensaciones primordiales: la luz, supone la oscuridad; el calor, implica el frío, etc. También ignora o aparenta ignorar, porque tanta ignorancia sería inverosímil, no ya en un profesor de la universidad y en un maestro de juventudes, pero hasta en un humilde pichoncillo de lechuga, que las ideas se refuerzan con la repetición, que el alcance de los sustantivos se corrobora con adjetivos de análogo significado: así, para apurar, para ponderar, para hacer más objetiva la rigidez de un muro y de la claraboya que lo penetra, se les califica de estáticos. Pero el buen profesor, ortodoxo, reaccionario y académico que a veces se disfraza con una túnica de modernidad, pertenece a la escuela de cierto palurdo que empezaba a desbaratar el “Anarkos” de Valencia, citando el verso: “Tiras de piel, cadáveres de cosas” y negándole su significación y su mérito por ser falso que las cosas murieran y mucho más que se convirtiesen en cadáveres.

En seguida anota nuestro excelente profesor: “Los zoólogos no conocen aves alicorvas”. Es posible: los hombres de ciencia suelen sufrir de extraña miopía. Nosotros sí las conocemos sin necesidad de estudiar zoología y con sólo mirar el contorno de las nuestras.

Se asusta el bueno y excelente profesor porque no guardamos toda la exactitud arquitectónica del templo dominiquino. Está visto que casi todos los hombres de ciencia desatinan cuando se meten a literatos. La exactitud y el arte metafórico no se entienden bien. El buen profesor debe optar por uno de los dos, o abandonar aquélla cuando quiera tratar de éste. Si adopta

aqueste último consejo no estará mal que relea el prólogo de la segunda parte del "Quijote", que es un texto insuperable de esta lección.

Continúa nuestro amable profesor con algunas citas:

"Subí la torre" y agrega: "Una catástrofe geológica".

"La vida nómada" y exclama: "Acabáramos".

"Romanticismo chateaubrianesco" y dice: "¡Pobre Chateaubrian (d) !".

¿Por qué una crítica tan inepta en todo un profesor? Es un pequeño problema de psicología; López de Mesa tiene mejores aptitudes para linotipista que para crítico.

Hubiera completado el profesor su diletantismo con unas cuantas clases en el linotipo, no tendríamos que lamentar la falta de una o dos letras ni él tendría que dolerse de que le hayan puesto "puril" o de que le hayan hecho cometer un pecado de régimen en el párrafo subsiguiente: "Me duele que una obra de la alteza moral de **Gloria Etzel**, en vez de producir en otros los delicados sentimientos que proclama y enaltece, haya dado ocasión a que estallen en tres miembros de la juventud colombiana el negro pecado de una evocación conscientemente equivocada y traidora".

Al profesor López de Mesa no le han bastado, según sus propias palabras, veinticinco años de estudios fisiológicos para conocer a los "escasos tiroidianos". Es raro pero no extraordinario. Cualquier estudiante en las aulas secundarias sabe, por las ciencias naturales, las características externas de los deficientes glandulares y de sus modalidades. Y cuando sabe esto hace mucho que aprendió los elementos de la concordancia gramatical y la dependencia de los términos de la frase, para no subordinar en una proposición como la nuestra, la escasez a la especie, antes que al sujeto de la oración.

La ciencia es una actividad práctica y como tal debe apreciarse. El prestigio de un consultorio, como el del doctor López de Mesa, se puede conservar subsidiariamente con la fama literaria entre cierta clientela, pero eso para nosotros y para quienes no padezcan de absoluta ignorancia del elenco, no prueba nada.

"Acrobacias juglarescas": "Tres errores en dos palabras", dice el profesor. Esta ya es pasarse de la raya con el público

de los lectores. Y si no fuera que esto es tonto y pueril, diríamos que le rezuma por todas partes la mala fe que nos atribuye. Pero ¿a qué seguir? Estamos hartos de las estúpidas lecciones sobre el lenguaje dadas en la escuela primaria. Allá no queremos retornar, mucho menos en la compañía del buen profesor López de Mesa, que de estas cosillas entiende menos que la hermanita de la escuela infantil. Y no exageramos: quien quiera convencerse acabe la lista de los gazafatones que nos cuelga, si quiere ver algo!

No creemos, ciertamente, que nuestra crítica a las obras del profesor López de Mesa sea cosa fundamental. Ni siquiera lo intentamos. La obra del profesor no vale eso. Quisimos herir con unos cuantos rehiletes ligeros y mordientes el fondo plano de las alabanzas para provocar una revaluación en los lectores. Y para salvar el decoro nacional comprometido por el aplauso ciego e irreflexivo de la manada, pues que a pesar de las cartas solicitadas a Guillermo Ferrero, a Benedetto Croce, a Gonzalo Zaldumbide y a Francisco García Calderón, se ha envilecido creyendo cosa de genio las obrecillas desarticuladas, deslavazadas y descuadernadas de nuestro excelente profesor.

Aludiendo a nuestra calificación del "Libro de los Apólogos" el profesor lo llama "disertación literaria sobre la sicología de los sentimientos". Es admirable; después de trasegar veinticinco años todas las teorías filosóficas con que han tropezado sus ojos, como orgullosamente lo confiesa, el pensador especialista rechaza que su libro sea una obra de filosofía y se apresura a considerarlo como una disertación sobre la sicología de los sentimientos. Nosotros, con menos de veinticinco años de estudio y de vida, estábamos convencidos de que la sicología era parte de la filosofía, y asimismo considerábamos que los sentimientos podían ser materia de la antropología y no exclusivamente de la sicología. No es poco gastar un cuarto de siglo para formular este dislate: el profesor López de Mesa aprovecha su tiempo.

Nuestro múltiple escritor en sendos párrafos dedicados a sus libros intenta hacernos su exégesis. Y nos dice lo que él hubiera querido que fuesen esos caros hijos de sus entrañas. Desgraciadamente uno es la intención y otro el resultado en casi todos los hechos humanos. Pero de todos modos si esta dolorosa desilusión es sensible para la patria y para las letras castella-

nas, el aborto nos place a los conciudadanos del buen profesor, porque si la ventregada sale derecha, el parto nos habría privado de la irremplazable, de la generosa, de la insustituible presencia del compatriota amigo.

Por ahora nos basta con el engrimiento del maestro. Su narcisismo literario si no es una enseñanza, sí es un consuelo para el progenitor y el amante de "Gloria Etzel" y de sus otros protagonistas. Este onanismo mental no nos seduce ni nos entusiasma, pero nos divierte como un caso de teratología exótica en una época de equilibrio y de fuerza como la que vivimos.

Si la capacidad psicológica del maestro no se distingue por lo profunda es adorable por la ingenuidad, por la dulcedumbre, por la manera benevolente de corregir a estas simples avecillas poniéndolas en las jaulas doradas de la tradición, de la burocracia, de las derechas olorosas a manzanilla, a incienso y a nobles gomas inmaculadas.

No estábamos desprevenidos para leer las debilidades, las deficiencias y las pequeñeces críticas que el profesor López de Mesa ensarta en lo que llevamos comentado de su réplica. Los dos párrafos finales sí rebasan cuanto habíamos supuesto. Y lo rebasan enteramente.

Pensábamos que a la obra del buen profesor le faltaba la consecuencia orgánica, el sentido trascendente y a la vez actual que hace a los conductores mentales, que los coloca como un símbolo en el espacio y en el tiempo, y que les procura esa fuerza de irradiación cordial, avasalladora y pujante, guía de las multitudes y oriente de las generaciones que nacen a la vida del pensamiento.

Reconocíamos, sin embargo, y por sabido lo callamos que en la obra de López de Mesa hay el mérito del estilo, los encantos de la frase alquitarada por la disciplina y la limpidez de los principios, raras veces turbada por elementos impuros.

Y en cuanto al hombre, lo habíamos pensado muy mayor de lo que es o de lo que aparece en los párrafos antes citados.

Estimamos concluída de esta suerte la disputa con el profesor López de Mesa sobre el significado de sus libros y la posición del autor en la vida nacional. Para los tres búhos es altamente honroso haber trabado sus picos con la pluma del

maestro en una lucha victoriosa de nuestra parte ("Me duele como una derrota implacable", dice López de Mesa). Por la eminencia del sitio que ocupa López de Mesa en el país, nuestro triunfo nos halaga como obra de justicia, de acierto y de exactitud.

Repetimos que nuestros apuntes sobre la obra de López de Mesa, no tienen el carácter de una crítica fundamental en el campo de la literatura, ya que nuestro propósito no era solamente un deseo académico, sino más bien, y más que todo una ambición vital que contemplara al hombre y a su obra como valores sociales.

Y en este sentido creemos haber coronado nuestro plan.

Si a López de Mesa le duelen "como una derrota implacable" los picotazos de los pajarillos que a la sombra centenaria de Santodomingo se burlan de nuestra iletrada república, a nosotros, aves insensibles a los dolores morales, nos enfría, nos hiela, nos contagia este campo arrecido de nuestras letras, en donde un escritor que ostenta ínfulas de maestro como el estilista de los apólogos, no acierta a salvar el elemento humano que es el único necesario, el único inalienable, el único que es forzoso conservar intangible, el único que la especie y la vida nos confiaron como herencia sagrada.

¡Oh manes heroicos y dolorosos de la patria!: Ni vuestras hazañas, ni vuestras miradas vigilantes desde la eternidad han logrado que aprendamos el catecismo de Séneca. La lámpara cínica del filósofo desvergonzado está consumiendo las últimas gotas de su aceite, sin iluminar entre nosotros la primera figura vertical.

Crisis administrativa, crisis de los estadistas, del patriotismo, de la raza, de la nacionalidad, todo es uno.

La crisis de la varonía. La crisis de ese elemento primordial, virtual y maravilloso que se llama hombre.

LEON DE GREIFF VISTO POR LOS TRES BUHOS

A León de Greiff lo han considerado nuestros críticos como romántico.

Esta peligrosa escuela se apoderó tan de lleno de mentes y corazones que ha venido a ser (no sólo entre nosotros) cuestión temperamental.

En efecto, el romanticismo invadió todas las esferas espirituales, y compendió, desde su etimología, todos los estados de alma. Para designar algún bello paisaje, una página que excita el sentimiento, viene la consabida palabra: romántico. Uno de los grandes críticos compara el arte con un río que atraviesa pendientes y valles; y a la escuela romántica con una enorme roca colocada en mitad de su cauce, que ha dividido sus aguas y las ha hecho salir de madre. Al renovar sus aguas el río no encontró su lecho natural.

De allí la desorientación de las nuevas escuelas.

Pero la obra de arte nace del connubio del entendimiento humano con la naturaleza. Simplísimamente los estados de alma vendrían a ser al menos semejantes en todos nosotros y su expresión una modalidad espiritual. Esta la diferencia de escuelas.

La evolución del arte en todas sus formas tiene una íntima relación con la geometría, anota un crítico. La línea recta, dice, corresponde a la escuela clásica, la curva ondulosa a la romántica. Podríamos decir que al nuevo arte corresponde la línea poligonal. Como evolución de aquellas dos escuelas, el nuevo arte tiende a una figuración geométrico-matemática.

Aplicada esta pauta simplísima como principios de estética, León de Greiff no es el clásico de lenguaje incoloro y el equilibrio lógico, ni es tampoco el romántico que infla su estilo con especiosos adornos de oropel.

León de Greiff ha empezado por estudiarse a sí mismo, y cuando el entendimiento se afina y personifica, cada cual ve y siente de un modo especial, único y personal.

Su estilo está sometido a una pauta matemática, inconfundible; el sutil mecanismo de la forma añade una cuerda sensible a su lira y se descubren en la sugestión de su sonoridad inusitadas armonías.

León de Greiff se presenta inabordable para el "crítico de puntos negros". Su primera riña la hizo con la señora gramática. Quiere el crítico hacer sus anotaciones pero se ve vencido por cierta vis cómica.

Para él, las palabras son un instrumento abominable, por ser indispensables, para expresar sus ideas. De allí nacen sus términos que nos parecen rebuscados, pero de que no puede prescindir para decir de sus estados de alma. Su estilo es el torrente cuyo cauce se solidifica en amplias curvaturas.

Por una rara coincidencia varios de nuestros críticos han comparado a De Greiff con Rubén Darío. Parece broma pero, según nuestro modo de ver, es ésta una comparación acertada. Casi se unifican en sus motivos. Mientras el uno escribe su epístola a Verlaine, el otro entona su "Plegaria a Poe". Mientras el uno salmodia el canto de los cisnes, el otro irrumpe con su canción a los búhos:

*Los búhos que me inician
en sistemas abstractos...
que conciben un mundo
matemático y recto,
limitado y exacto
como un fúnebre túmulo.*

Si el arte reclama para el blasón lírico de Darío, el cisne de los lagos azules; para León de Greiff fuera a reclamarse el búho estático de las noches medrosas; el búho, hermano misterioso de la esfinge. ¡Oh enigmáticas aves legendarias!

El cisne en su signo de albura elástica, el búho en su apostura de abstrusa paradoja. Mientras aquél alarga su interrogante para ver en el lago azul, el azul del cielo; éste, introspectivo y torvo, recoge su cuerpo monoforme y enigmático para reír con las sombras. Aquel escruta las lejanías brumosas; éste estudia sus interioridades sombreadas. Y ambos nos dicen de la vida imposible.

Y he aquí la semejanza esencial entre los dos poetas.

La poesía de Darío sale de su yo; la de León de Greiff parte del mundo exterior y la concentra con egotismo singular en su yo solitario.

Decíamos que De Greiff había empezado por estudiarse a sí mismo, y hay en su ser una inconfundible dualidad. Lo mismo habla picarescamente el "clown" de las futesas o de las ironías desconcertantes que el poeta del arretrato; lo mismo viste el disfraz arlequinesco, que calza el coturno y penetra silencioso

en su yo interior. Uno es el poeta que en arrebató lírico se nos presenta velado por las sombras de su ser psíquico; otro el que objetivando en sí el mundo exterior y ante la presentida ingenuidad de un lector y ante la inherente inanidad de todo, rompe el cristalizado arrebató en una tremenda ironía, como en las tragedias shakespearianas.

Con razón decían los antiguos que el hombre es un mundo pequeño; pero el de León de Greiff no admite más mundos. Todos y todo forman parte de su mundo, al que domina y del que él mismo se ríe.

Nadie ni nada le importa nada. Si la poesía no existiera, León de Greiff la había creado.

Nos admira su egoísmo épico. El hombre es la medida de todo, decía Protágoras, y León de Greiff lo sabe. Para él, el misterio de la esfinge se cristaliza en los labios.

Como el búho para quien no hay sombras en la noche, nos dice en una de sus estrofas:

.....*la noche*
urna de todos los colores
.....

existiera. León de Greiff la habría creado.

Es el graznido de cristal del nictálope.